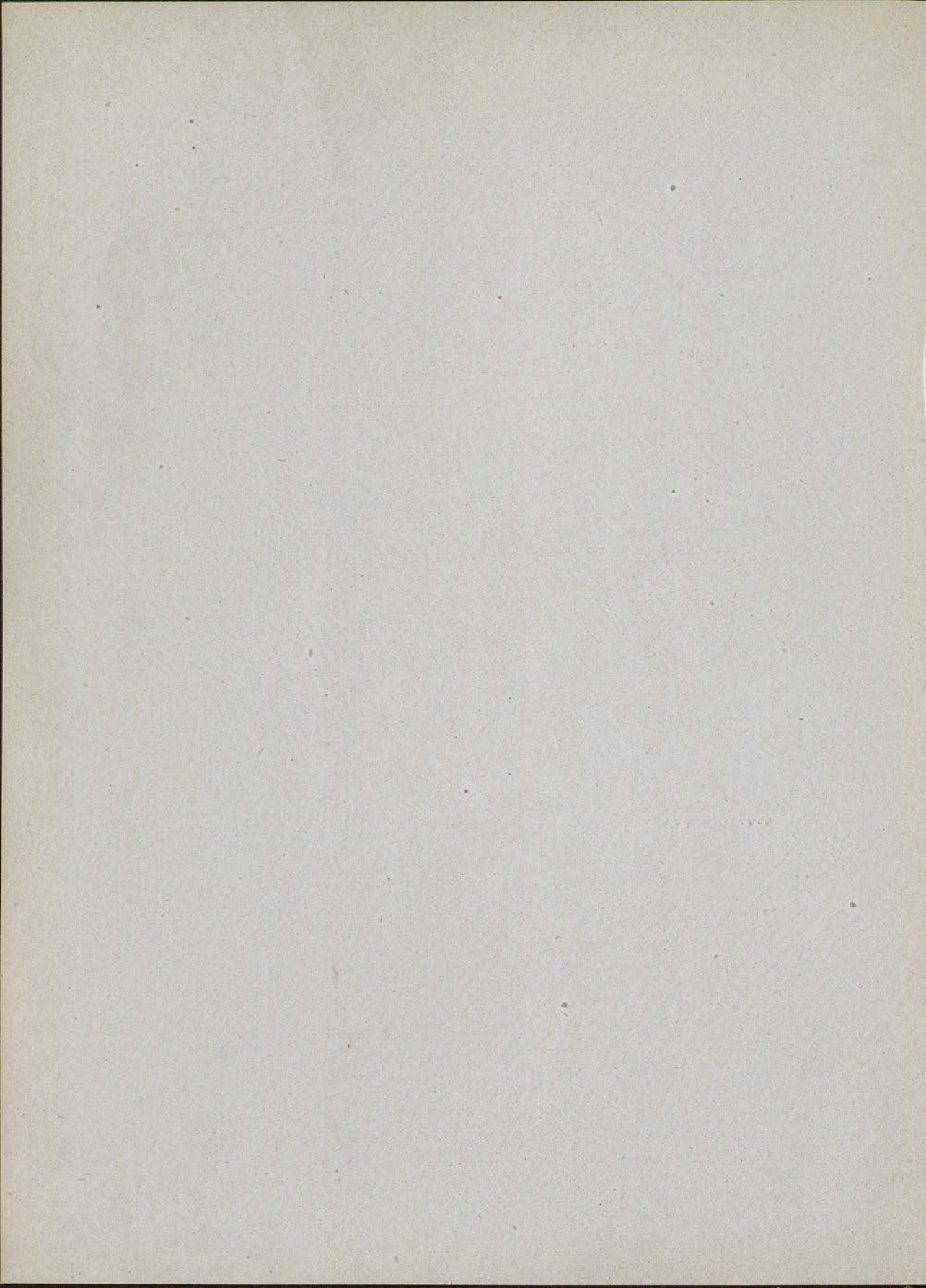


LA GARRA DEL CAPI-
TALISMO JUDIO.

50-5.

LA GARRA DEL CAPITALISMO JUDIO



LA GARRA DEL CAPITALISMO JUDIO

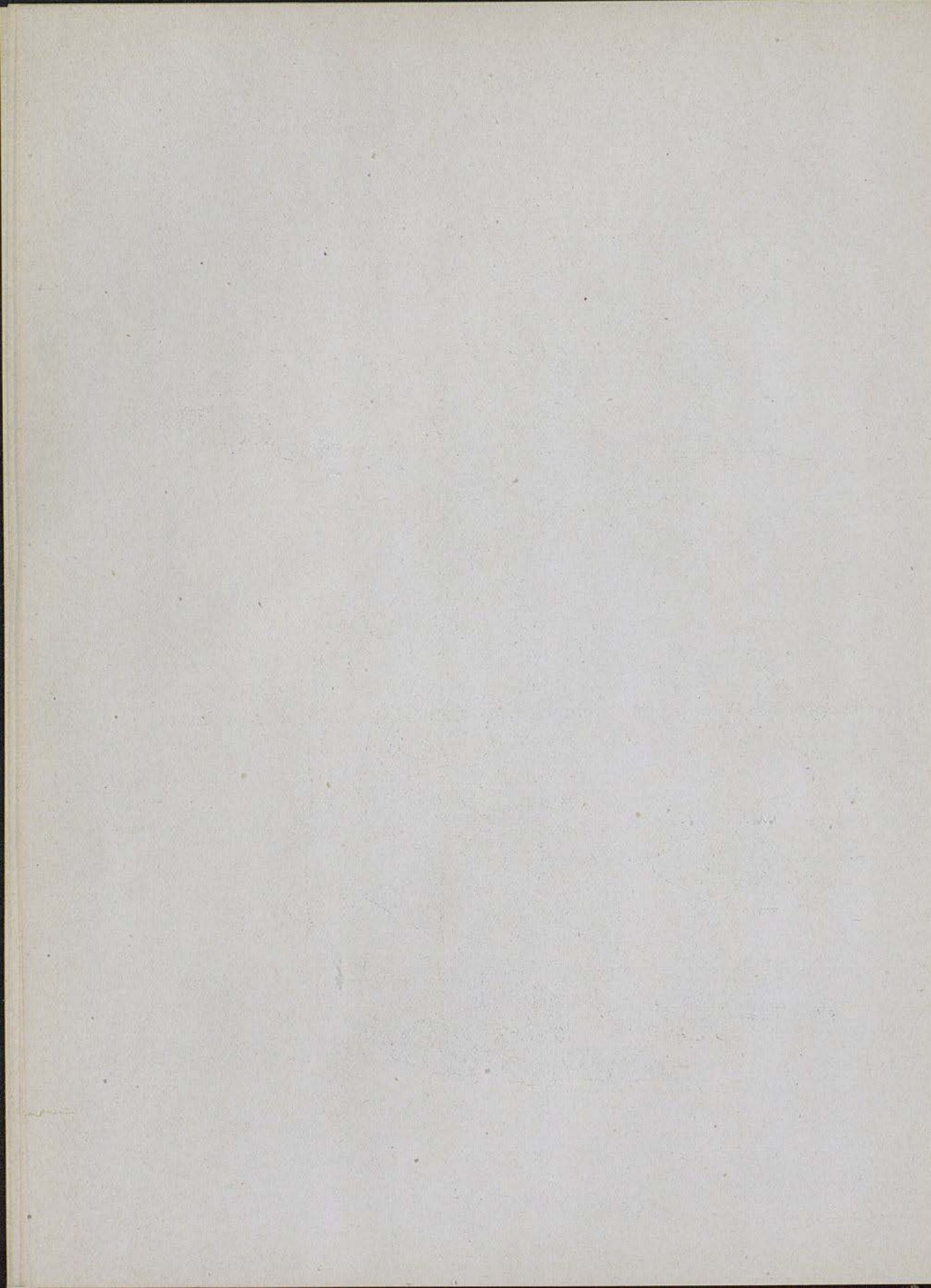
SUS PROCEDIMIENTOS Y EFECTOS
EN EL MOMENTO ACTUAL



1943

EL JUDAISMO





Forlhuaua maspi

I

EN esta lucha tremenda en que el mundo se debate, con sangre y dolor en las entrañas de Europa, en defensa de sustanciales principios de Justicia, de nuestros sagrados ideales, llegan hasta el último hogar las angustias de una situación abrumada aún por trastornos económicos, que no son siempre consecuencia de tal estado de cosas y sí resultado de las torvas maniobras —dilatadas, sutiles y profundas— de logreros sin alma; de los que, llevados por su feroz egoísmo, se aprovechan del momento actual para enriquecerse sin que un atisbo de humanidad les detenga ni aun ante lo más sagrado. Son los que trafican con el hambre de los pueblos.

Subleva el alma esta dolorosa realidad. En la calle, en el café, en el tranvía, en el seno de las familias, en todas partes, se habla con desesperación contra la infamia de esos logreros, a los que la ley inexorable del Estado nacionalsindicalista castiga con la dureza de una suprema sanción. La palabra “estraperlo”, expresión de una picaresca llevada hasta el egoísmo criminal, revela la turbia y pingüe ganancia del negocio fraudulento, la venta clandestina y a precios abusivos de productos imprescindibles... Y la consecuencia: vida cara y difícil. Los padres de familia experimentan a diario las dificultades de un nivel de vida económica que sus presupuestos no pueden

alcanzar, y los hogares modestos, el obrero que ve compensado su esfuerzo con un jornal razonado, pasa por el trance de tener que resolver un problema económico, de momento insoluble. Y eso que las necesidades apremian.

Y la primera explosión de justa indignación es maldecir al tendero de la esquina, a la mujer que subrepticamente le ofrece garbanzos o harina, o tabaco, lo que sea, a precios fabulosos.

—¡Malditos estraperlistas!— es lo único que se les ocurre a muchos, si no tienen el valor cívico de denunciar al logrero al cielo de las autoridades, que, de hacerlo todos así, mucho se habría remediado el problema.

Mucho, pero no del todo. Porque el problema tiene unas raíces mucho más hondas, ya que arranca de grandes y oscuras maniobras internacionales. Nuestro “estraperlista”, el que nos sale a la boca del *Metro*, en la escalera, en los mercados o en la esquina, el que llama a nuestra propia puerta, no es más que la manifestación externa, la purulencia repugnante y dañina de un proceso patológico universal, azoté de pueblos y plaga de la sociedad: la gran maniobra del judaísmo financiero internacional.

He aquí —con rotunda afirmación— la causa de todo el mal. Y vamos a demostrarlo y tratar el problema desapasionadamente, con ánimo sereno, ayudados de aquellos datos, hechos y testimonios que nos permiten otear el gravísimo problema desde las alturas de la razón y la lógica. Una aportación sencilla, veraz y ecuaníme, que ha de revelarnos todo el intrincado y terrible problema del judaísmo internacional.

II

ANTE todo, hemos de sentar una premisa: ningún país del mundo puede entregarse a la ilusión de suponerse libre de las perniciosas influencias de las maniobras judías. No importa que no se abran sinagogas en el ámbito nacional. La perfidia judaica se infiltra a través de todas las necesidades de la vida, con predominio financiero y comercial. Especialmente en la Bolsa, Parlamento y Prensa, criaderos del espíritu judío en países liberales y demócratas. Pero en todas partes la taimada perfidia hebrea llega hasta lo más vital en la marcha de los pueblos. En aquellos países que han logrado —con decisión ciertamente heroica— una solución práctica del problema judío, desde el exterior la plutocracia internacional lleva su encono a producir guerras tan espantosas como la que ha desencadenado contra Alemania, la gran nación que se ha librado de un enemigo interno secular. La pasada Gran Guerra fué —nadie lo pone ya en duda— un gran triunfo del judaísmo internacional, triunfo que el mundo ha pagado bien caro, ya que todas, ¡todas!, las naciones han sido víctimas de la rapacidad del espíritu semita.

Es por esto —¡son tan abrumadoras, tan rotundas las pruebas!— que en la postguerra, ante la realidad de los hechos, se puso en marcha un movimiento universal antisemita. Y hoy se defiende desespe-

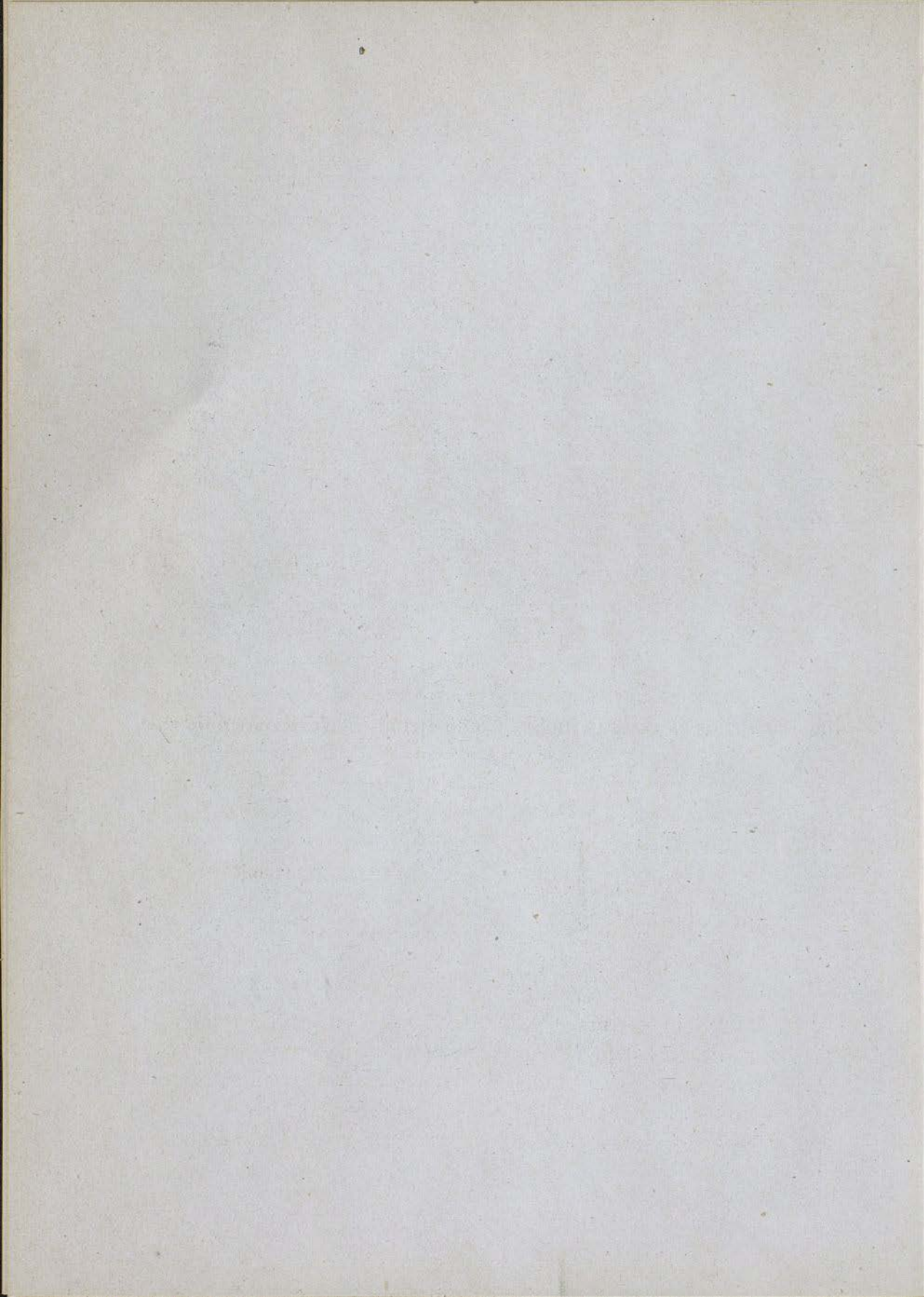
radamente en sus dos últimos reductos: en la plutócrata Inglaterra y en los Estados Unidos, nación a la que fatalmente arrastra a la guerra actual por medio del presidente Roosevelt, instrumento ciego de las logias masónicas, antros del judaísmo.

La plutocracia es para el judaísmo la forma estatal por excelencia. El judaísmo cosmopolita, es decir, los representantes del gran capitalismo judío que residen en Inglaterra, ha logrado confundir sus intereses con los de la nación inglesa, y así vemos cómo en el curso de tres siglos ha sabido cimentar en Inglaterra tan profundamente sus posiciones político-financieras que logró convertir allí un estado nacional en uno plutócrata. Los estadistas ingleses, en realidad, no son más que delegados —¡cuán doloroso es confesarlo!— de una tenue capa social constituída por judíos y aristócratas hebraizantes, los cuales se hallan en posesión de las inmensas riquezas del Imperio británico. Son, por decirlo así, los directores de un gigantesco consorcio de capitalistas opulentos, con desesperado afán insaciable: incrementar sus capitales de un modo tan rápido como fabuloso, aunque sea a través de la guerra. Los estadistas ingleses son grandes capitalistas fuertemente interesados en numerosas empresas industriales, casi siempre relacionadas con las fábricas de armamento. De aquí que Inglaterra sea un Estado cuyos Gobiernos examinan únicamente sus problemas a través del capitalismo y las finanzas. Esa función —confusión— entre el imperialismo judío y el inglés arranca ya desde la época de Cromwell. Agentes judíos practicaban para ese dictador espionaje político y económico por medio de las casas judías establecidas en el extranjero, taimado sistema que ha sido base de fabulosas fortunas judías.

Veámoslo en los capítulos siguientes.

EL ACAPARADOR





III

YA se ha dicho que el poderío financiero judío se funda en sus recíprocas relaciones internacionales. Una cadena ininterrumpida de bancos y puntos de enlace financieros se extiende sobre el mundo, cual esa cadena simbólica que en los templos de las logias aprisiona la tierra, siempre en acecho para favorecer las dudosas jugadas de los estrategas judíos. Como ejemplo característico de esas maniobras subrepticias tenemos a la famosa casa Rothschild. En realidad los Rothschild no fueron nunca banqueros en el sentido propiamente dicho de esta profesión, sino prestamistas de dinero a los estados, cuyos representantes habían previamente sobornado para que emitieran empréstitos. La historia de las finanzas internacionales nos ofrece casos múltiples y concretos que no podemos tratar aquí porque nos ocuparía muchas páginas. Desde luego, esos judíos enhebraban sus negocios con idénticas normas a las del usurero que induce al hijo inocente del aristócrata a que le pida dinero prestado con la seguridad de que su padre ha de satisfacer esas deudas de honor.

Ese íntimo contacto entre las casas de Israel llevó a los financieros judíos a provocar la guerra mundial, de la misma forma que son responsables de todas las guerras de importancia. Por encima de los estados beligerantes imponíase siempre una especie de junta finan-

ciera internacional exclusivamente judía. Esto hoy está ya claro, a pesar de su clandestina actuación. Ni que decir cabe que ningún miembro de esa junta guardó la debida lealtad a su patria adoptiva. Eran judíos y sólo judíos, es decir, sin patria. En cambio, estaban todos unidos mancomunadamente en potencia financiera supranacional y “poseyendo secretos de todos los estados —declara el conocido Henry Ford en su famoso libro *El judío internacional*—, estando en constante relación mutua, aun en épocas en que todas las comunicaciones entre las naciones beligerantes estaban rotas; siendo, además, los verdaderos amos capaces de decidir sobre la duración de la guerra, como sobre la hora de la paz, convirtiéndose este grupo financiero en un peligro horrendo para quien haya comprendido estas maquinaciones y contactos subterráneos”.

Y es que la raza judía tuvo siempre una idea muy clara de las ventajas de poseer una noticia política. Cuando su Prensa —y el oro judío ha dominado hasta ahora la prensa mundial— la ha divulgado, ellos ya la habían explotado en su provecho exclusivo. Ha sido siempre una prerrogativa judía estar enterado de antemano de la entraña de los acontecimientos, ya que han conocido esa *noticia-base* antes que los demás, precisamente por haber sido facilitada mediante la estrecha coherencia de sus grupos y mancomunidades, aun entre los más distantes, los más dispersos. Es que en esa transmisión de noticias se han mostrado siempre muy ladinos. Las más recientes noticias —política, económica y comercial— se transmiten con sorprendente rapidez de una a otra comunidad judía a través del mundo; cada comunidad hebrea saca el provecho que puede y luego la comunica a las demás, en esa cadena que hemos dicho aprisiona al mundo. Durante siglos han sido los judíos el pueblo mejor informado, pues los hebreos privilegiados —conversos o no— se aprovechaban de su posición favorable en las cortes y cancillerías para penetrar en los secretos de Estado —y ahora como primeros gobernantes o altos consejeros en los países democráticos— y obtener así un conocimiento exacto de los acontecimientos mundiales. “El orbe entero —ha confesado un publicista— fué espionado en provecho de esa raza avispada, así como aun hoy nuestro planeta entero se halla bajo los ojos escu-

driñadores de los agentes judíos, en cuanto a los nuevos yacimientos de oro."

Las guerras de Napoleón fueron la base de la inmensa fortuna de los Rothschild. Cuando, en 1770, el viejo Meyer Amschel Rothschild fundó su negocio —*la Casa Alt Roten Schild*— en una sórdida calleja judía de una ciudad de Francfort, los postulados del liberalismo comenzaban a hincarse en las conciencias de los hombres de Europa. El influjo de esa nueva y viciosa protección del mundo llevó a los cinco hijos del viejo usurero Meyer, apodados los cinco *Francfortes*, a las cumbres más altas de los medios de Londres, París, Nápoles, Viena y Francfort. Los cinco supieron acumular riquezas fabulosas mediante sus taimados procedimientos, y su influencia llegó a ser poderosa hasta mediados del siglo pasado. El secreto de su éxito radicó en que acertaban a entrever el negocio y la política con una aguda penetración de la realidad y, naturalmente, con una absoluta despreocupación de los procedimientos nobles, pues siempre se hallaban, según las conveniencias, en los campos políticos más opuestos. Así llegaron a ser prestamistas del rey de Inglaterra y del emperador de Austria, al mismo tiempo que de Napoleón, de España y del Brasil, por ser maestros en la explotación de noticias políticas en el nervosismo de las Bolsas.

Un ejemplo, expresión típica del espíritu judío: la carrera de Nathan Rothschild, en Londres. Había basado todos sus planes financieros sobre la eliminación definitiva de Napoleón, en aquel entonces desterrado en la isla de Elba. Pero he aquí que, inesperadamente, regresa a Francia el genial Corso, y en los cien días de su último gobierno de 1815 pareció hundirse toda la trama financiera de Nathan Rothschild. En seguida, ayuda económica a Inglaterra, a Prusia... Y llega la batalla famosa de Waterloo. Nathan, como judío, era hombre cobarde, con ese miedo enfermizo de la sangre semita a la violencia. Sin embargo, corrió a Bélgica, siguió al ejército inglés, y al empezar la batalla de Waterloo se escondió en un puesto de observación, desde luego al abrigo de las balas, cerca de Hougemont. Allí, quieto, dominó sus nervios. Pero cuando vió a Napoleón reunir sus últimas reservas en aquel desesperado e inútil esfuerzo, el judío exclamó:

—La Casa Rothschild ha ganado la batalla.

Cualquier otro en su lugar se hubiese abandonado a los transportes de la alegría. Pero él no pensó más que en su oro. Abandonó el campo de batalla, montó a caballo y regresó a Bruselas. No dijo una palabra de la sensacional noticia, sino que alquiló otro caballo al precio que le pidieron y galopó hacia Ostende. Allí le esperaba una gran contrariedad: reinaba tal temporal que ningún buque podía transportarlo a Inglaterra. Ofreció tres veces el valor de la travesía. Al fin un hombre desesperado se avino a intentar la aventura por dos mil francos. Medio muertos alcanzaron las costas inglesas, y en un correo expreso se trasladó a Londres. En aquella época no había ni teléfono ni *radio*... Inglaterra estaba consternada por los malos rumores. A la mañana siguiente —20 de junio de 1815— Nathan Rothschild apareció en su puesto de la Bolsa. Estaba pálido, desencajado, por la fatiga del viaje. Al verle con aire tan deprimido los bolsistas exclamaron:

—Malas noticias tiene Rothschild de la guerra.

Y Nathan vendía, vendía...

—¡Qué! ¿Rothschild vende?

Las cotizaciones bajaron catastróficamente. Un pánico enorme se apoderó de la Bolsa, y el mercado se inundó de títulos del Estado.

¡Pero todo lo compraban los agentes secretos de Rothschild! Al cerrar la Bolsa el segundo día el judío tenía sus arcas repletas de títulos de la Deuda comprados a bajo precio. Cuando, por la tarde, llegó a Londres un correo expreso con la noticia de que Wellington había ganado la batalla, Nathan Rothschild resultaba beneficiado en su jugada con ¡cuarenta millones!

* * *

Imagina, lector, ese espíritu, tal procedimiento —modernizado, llevado al día—, aplicado a la situación actual: adquisición de mercancías, compra de trigo, de acero, de primeras materias para la fabricación de armamento, etc., etc. No es un secreto en Wall Street, de Nueva York, que, en el transcurso de la pasada guerra, individuos de

la raza de los Rothschild se adelantaron a la publicidad de noticias de importancia con jugadas en materia de armamento y de subsistencias que les valieron fortunas. Dominantes los judíos en los grandes rotativos o en agencias internacionales de información, ¿cuántas veces en esos años no se han publicado noticias tendenciosas, y aun falsas, que han hecho firmar contratos o provocado votaciones en los parlamentos que han procurado a las finanzas judías enormes beneficios?

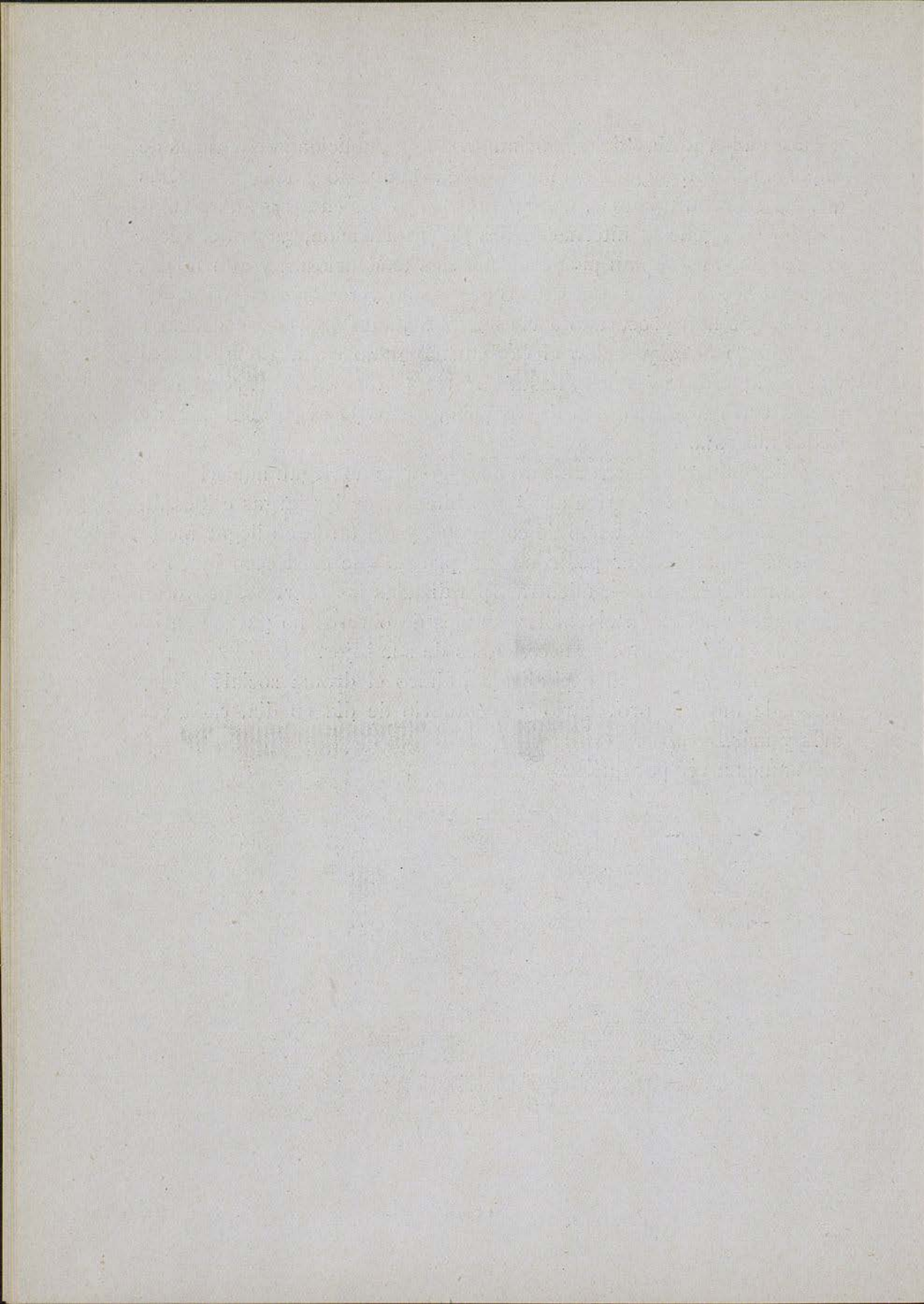
¡Cuánto ha especulado el capitalismo judío en la guerra actual con la riqueza de Francia, hasta llevarla a la bancarrota! ¡Cómo especula con las necesidades de los pueblos europeos! ¡Con el hambre de las masas!...

¡Esos barcos con cargamento de trigo, que no llegan nunca!

Ese algodón que sufre alzas exorbitantes en las largas e inexplicables esperas en el puerto de embarque, y así tarda en llegar meses y meses —para poder pedir nuevas primas que encarecen luego la obra manufacturada—, mientras, paralizadas las fábricas, provocan cuestiones sociales insostenibles y miles de obreros no pueden satisfacer las más perentorias necesidades de sus hijos.

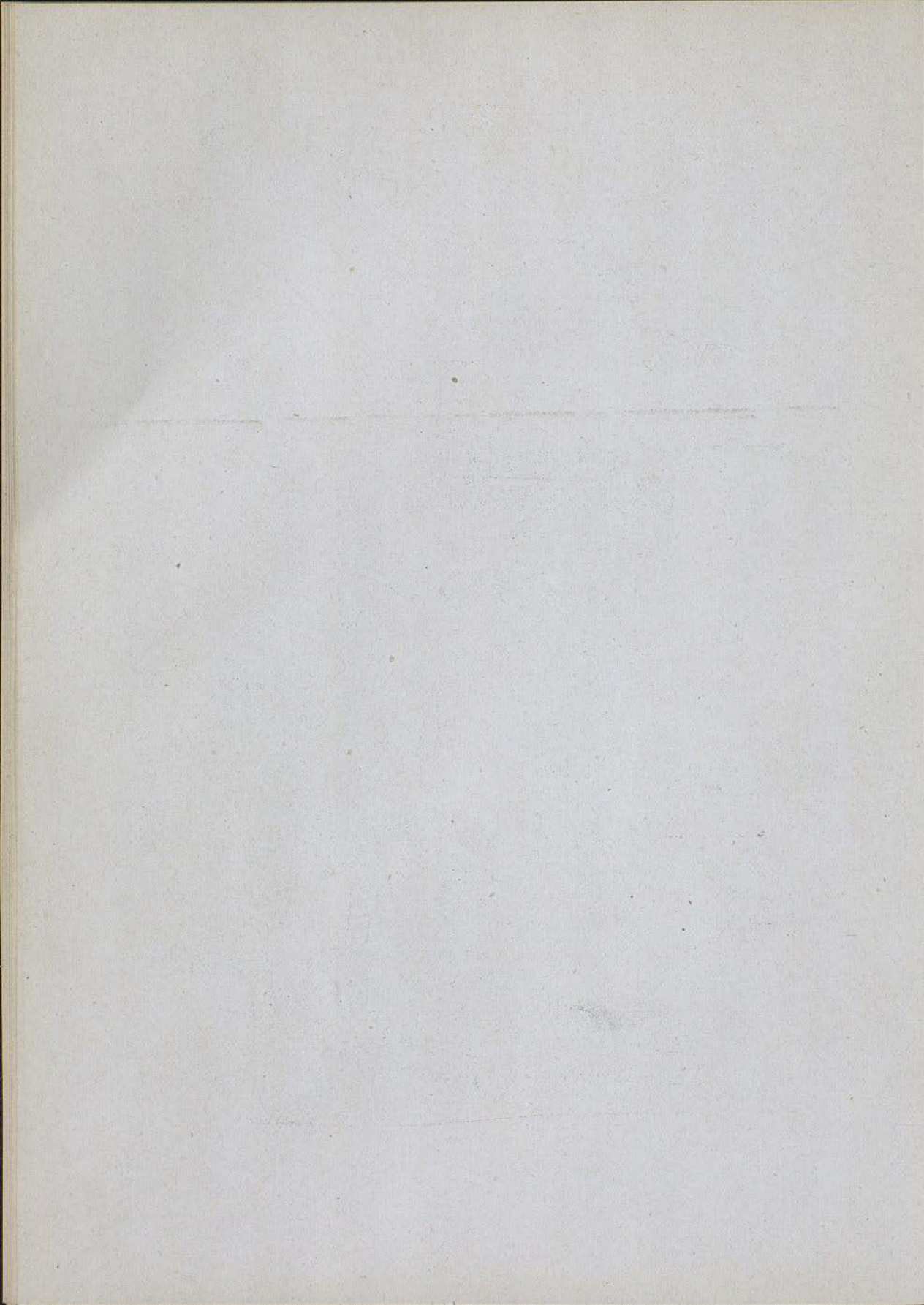
¿Qué le importa al capitalismo judaico el drama social? Mejor dicho, le importa provocarlo y acentuarlo de día en día, cada vez más y más...

Vamos a ver por qué.



EL "ESTRAPERLO"





IV

NO debemos seguir adelante sin referirnos a los famosos *Protocolos de Sión*, programa de la política mundial judía, que en lo que llevamos de siglo ha tenido una dolorosa, implacable y sorprendente aplicación. Niegan los judíos —cómo no, si en ellos todo es falacia— su autenticidad. Pero esa autenticidad se manifiesta, entre otras muchas circunstancias, en el hecho irrefutable de que el judaísmo se rige completamente según disponen esos *Protocolos* en todas sus actividades políticas, sociales y religiosas.

No se olvide que el Museo Británico de Londres conserva, desde el año 1906, un ejemplar impreso. ¿Cómo es posible que el que dictó esas siniestras lecciones de perfidia política y económica pudiera prefigurar los acontecimientos con tanta y tan precisa exactitud? El hecho es que allí están, y sólo un pueblo con tenacidad milenaria en su odio secular contra la sociedad cristiana puede llevar adelante de modo incansable, contra todo y contra todos, una obra siniestra cuyo objetivo es socavar todo orden humano, toda constitución estatal. ¡Y con qué refinamiento, aguda penetración y maldad demoníaca! Basta decir que la mayoría de las ideas disolventes contemporáneas son de origen judío, y ahí están en los antiguos *Protocolos* que circularon en Rusia hace más de medio siglo.

La mayoría de las corruptoras disposiciones liberales tienden a ganar a las masas populares para hacer de ellas instrumentos ciegos de sus seductores mediante un hábil sistema de degeneración y ofuscación. Y eso ya hemos visto cómo se ha conseguido. Textualmente dice uno de los capítulos:

“Obtendremos por la violencia aumentos de salarios y jornales, que no aportarán provecho alguno a los obreros porque iniciaremos al mismo tiempo mayor aumento de precio para todas las necesidades de la vida, afirmando, no obstante, que eso es consecuencia de una decadencia de la agricultura y la ganadería. Igual socavaremos artificial y profundamente las raíces de la producción industrial sugiriendo al obrero ideas anarquistas y seduciéndole por otros espejuelos. Simultáneamente tomaremos medidas para desterrar a los infieles.” (Para los *Protocolos* todo infiel es el no judío.)

Prosigue luego el citado texto:

“Para que la situación real y verdadera no sea comprendida por los infieles, la ocultaremos tras aparentes esfuerzos en favor de las clases trabajadoras, propagando grandes ideas sociales, cuyas teorías se discutirán apasionadamente.”

En sus terribles propósitos, a través de los *Protocolos*, el judaísmo revela poseer los secretos de la situación actual y se revela, sobre todo, que las leyes económicas por las que se rige la sociedad liberal no tienen nada que ver con las leyes humanas. ¡Son sutilezas artificiales!

En el primer *Protocolo* se describen los efectos de un sistema económico basado sobre la especulación, en un exclusivo impulso llevado por la sed del oro. Y con *palabras-claves* se lee: “No tenemos obstáculos delante de nosotros.” “Nutriremos las filas de *nuestros* gobiernos con numerosos hacendistas...” “Nos rodearemos, además, de una corte brillante de banqueros, industriales, capitalistas, y especialmente de millonarios, porque, en realidad y en último extremo, todo se decide con la fuerza del dinero.”

Es natural. Ellos saben muy bien perseguir los objetivos económicos *realidades*, no los teóricos. Porque los judíos no confunden nunca las *teorías* económicas con las *leyes* económicas. La idea, la

teoría, como medio para la descomposición social, para ilusión de las masas, la manejan tanto los judíos académicos como los bolcheviques. De aquí que el plan sionista tenga tanta solapada eficacia que desvirtúa la promulgación de leyes sociales saludables. Podríamos citar multitud de hechos, pero como caso típico recordemos la suerte que corrieron en la Alemania socialdemócrata el proyecto de ley Kanitz y la ley protectora de los obreros del ramo de construcción: con la primera se hubiese conseguido un precio medio constante de los cereales, mediante almacenes reguladores instalados por el Estado, con lo que se hubiese aniquilado la especulación usurera judía en cereales; la segunda quedó desvirtuada en lo más esencial a favor de los especuladores en solares y fincas. Pero el judaísmo dominaba entonces en el Gobierno, en el Parlamento y en la prensa alemanes.

Y, sobre todo, el judaísmo internacional conoce perfectamente el medio de producir una escasez artificial de productos, y, por lo tanto, un alza de precios. Es su sistema favorito. Durante todos los trastornos nacionales, guerras, grandes crisis sociales... Con su enorme poderío empleó ese sistema durante la revolución francesa, como en la Alemania de la postguerra. Como hace ahora en los pueblos europeos, donde Judá tiene puesta su zarpa carnicera... Como en Rusia también. Porque los banqueros de raza semita permanecieron allí sin ser molestados, mientras que a los banqueros rusos se les fusiló después de robarles sus bienes. Ya sabemos que el bolchevismo no suprimió el capitalismo. Simplemente, trasladó los capitales no judíos a las arcas de los hijos de Sión.

El sistema financiero de los judíos llega incluso en su felonía a producir esas tremendas y ficticias situaciones críticas en la vida económica de las naciones, con la retirada del dinero de la circulación. Los Estados Unidos saben muy bien de ese pánico. Una misteriosa orden —¡que se dió incluso por teléfono!— procedente de esas fuerzas subterráneas de las que el mundo sabía tan poca cosa, determinó a los capitalistas judíos a retirar el dinero en un día determinado y en todo el territorio yanqui. Aquel mismo día se produjo una verdadera catástrofe económica, cuyas consecuencias se hicieron sentir por espacio de muchos meses. En vano los banqueros americanos

trataban de ayudarse en un esfuerzo mutuo. Mientras tanto, los otros banqueros, los iniciados, aquellos que un día llegaron procedentes de cualquier *ghetto* miserable de Europa, sacaban fabulosas ganancias. El dinero, sustraído de su objeto legal, era prestado a los especuladores al 6 por 100 para que éstos, a su vez, volvieran a prestarlo a aquellos que de él necesitaban con urgencia para hacer frente a la situación al 30 por 100. De cómo el judaísmo internacional sabe siempre aprovecharse de todas las circunstancias, recordaremos aquella campaña que en los Estados Unidos se hizo durante la Gran Guerra contra la preponderancia alemana en el lucrativo negocio de las pieles. Se quiso reconquistar para Norteamérica ese ramo comercial, que se decía alemán, ignorando la opinión pública que era exclusivo de los judíos que en Alemania residían, pero que nada tenían que ver con la gran nación germana. Se expropió y fué transferido a propiedad yanqui el negocio... ; que fué logrado en su totalidad por los judíos establecidos en América! Las ganancias, claro, fuero fluyendo a las arcas judías. ; Y siguió siendo un pingüe negocio del judaísmo internacional!

V

ES obvio hablar aquí de la usura del judío. De todos es sabido. Muchos lo han experimentado duramente, por desgracia. Tampoco es de interés referirnos al prestamista de perfil semita, que hace su agosto en la pequeña tienda de una sórdida calleja y explota miserablemente a cuantos infelices caen bajo su rapacidad. Una ligera ojeada sobre algunos casos de especulación judía en gran escala nos dará una mayor amplitud de horizontes, en cuanto al poder siniestro de las altas finanzas internacionales. En ellas, además de cuanto llevamos dicho, sorprenderemos el secreto de las grandes crisis que asolan los pueblos, producen millones de parados y aumentan el hambre y la miseria en pueblos laboriosos.

Persistentes y solapados procedimientos de usura en la adquisición de solares han hecho que en los Estados Unidos la propiedad urbana sea realmente un dominio judío. "Este es el propietario del suelo norteamericano", ha tenido que confesar un conocido economista yanqui. El suelo que contiene oro en sus entrañas o produce rentas. Porque el judío nunca ha sentido atracción por un terreno que da patatas o cereales. Jamás el judío es productor. Trafica y especula y explota con lo que producen los demás, como un parásito repugnante, encareciéndolo y llevándose él siempre la parte del león, como vulgarmente se dice.

El elevado precio adquirido por el algodón en estos últimos años ha hecho reunir la propiedad de terrenos productores de esta materia a manos judías. Claro que se realizó mediante un proceso netamente semita. Primero, la baja ficticia de tales terrenos en virtud de presión de bancos de capital hebreo, que, de pronto, de la noche a la mañana, fueron limitando los créditos solicitados por los cultivadores de algodón. Se hizo una doble maniobra de gran estilo en la taimada especulación. Mientras la rentabilidad del cultivo de algodón disminuía, el tráfico secreto con esta materia se hacía mucho más lucrativo. La presión de una situación ficticia, lograda por los financieros judicios de Londres y de Nueva York, logró el fin apetecido: resultó más ventajoso para los cultivadores vender los terrenos algodoneros que cultivar el algodón. ¡Es tan difícil muchas veces penetrar en el sentido interior de ciertas corrientes! ¡Y así pasaron los terrenos a manos judías!

Entre las especulaciones escandalosas a que los hebreos se han entregado en Inglaterra, al socaire de la carestía producida por la actual conflagración, figura la adquisición de terrenos de las zonas marítimas declaradas de guerra. El comercio y los negocios, en muchos balnearios de estos lugares, han tenido que cerrar. El turismo ha desaparecido de los balnearios y, arruinados sus dueños, sobre ellos se han lanzado los judíos, como cuervos hambrientos, en una escandalosa e indigna especulación. Sus agentes, de Londres o de Nueva York, da lo mismo, compran a precios risibles terrenos costeros, hoteles, tiendas... Terminada la guerra, *cualquiera que sea el resultado*, esos terrenos volverán a recobrar su valor, a medida que en ellos la vida se normalice. Volverán los turistas, y el negocio tornará a ser lucrativo. Entonces los judíos venderán a altos precios lo que ahora adquieren casi de balde. Y luego levantarán el vuelo desdefñosamente en busca de otros campos de especulación.

Para ellos la guerra siempre es negocio. Tanto el ejército francés, antes de la derrota, como el inglés, se lanzaron a la lucha bajo la vigilancia y rapacidad de los hebreos. En Francia toda la industria de armamento, así como la confección de equipos para los soldados y el aprovisionamiento de víveres en el interior del país se hallaban

controlados por tres bancos judíos: Worms, Lazard y Dreyfus, que de antemano aseguraron sus ganancias... por lo que pudiera pasar. La industria de guerra francesa estaba también en manos de judíos: León Levy, de la casa Commentry, suministraba cañones; las máscaras antigás las fabricaba la *Société d'Etudes et de Construction du Material de Protection*, bajo el control de los judíos Brau y Franck. Los gases de combate los suministraban los judíos Klotz, Mannheimer, Weill y Berr, etc. En otro aspecto, Citröen, Bloch, Eiffel... la industria de guerra, con todas sus fabulosas ganancias, estaba completamente en manos hebreas.

En Inglaterra son judíos también los encargados de equipar y avituallar al Ejército: los uniformes los suministran las sastrerías de los judíos Montagu Burtons, y el aprovisionamiento de víveres lo hace el Consorcio de restaurantes, que preside el judío Isidore Salmon, de Lyon. También la industria química está totalmente en manos judías. Siempre para ellos la ganancia de la guerra, mientras que para el *Tommy* y, muy especialmente, para el pobre *poilu* la muerte en el campo de batalla.

De cómo el espíritu hebreo se enrosca con tenacidad en el engranaje estatal para lograr la especulación y sus pingües ganancias, es típico el caso del famoso judío Bernardo N. Baruch, cuyos poderes, a la sombra del presidente Wilson —desde luego ni legales ni constitucionales—, durante la pasada guerra, comprendieron a ejércitos enteros y a gobiernos. Gozó de un poder ilimitado y responsable. Ni industrial, ni comerciante, sino prototipo del agente del capitalismo, sus especulaciones alcanzaron a fábricas de tabacos, metalurgia, caucho, acero, cobre... Prevalecido, claro, de los ilimitados poderes que Wilson, en sus arbitrariedades personales, le otorgó, haciéndole señor absoluto de la *Junta Industrial de Guerra*. Treinta mil millones de dólares costó a los Estados Unidos su intervención en la guerra mundial. Pues bien, la inversión de esa suma fabulosa dependió exclusivamente del libre albedrío del judío Baruch, quien decidió el empleo de ilimitados capitales de la vida económica nacional y el empleo de todos los materiales de la industria entera, con sus limitaciones o ampliaciones, a su capricho. Entre los *asuntos* en que Baruch estaba

especialmente interesado figuraban el del negocio del cobre. Se aprovechó de su omnímoda situación, como ningún otro jamás llegó a poseer en América, para eliminar del mercado a competidores, y sólo ante los *reyes del cobre*, los Guggenheim y los Lewisohn llegó a una inteligencia para formar el monopolio judío del mercado mundial del cobre más completo y redondeado que se haya conocido. Las consecuencias de aquel famoso *estraperlo* las experimentó el mundo durante muchos años. La mano de Judá, mejor el puño de Judá, había caído sobre el cobre para batirlo en fuerza de miseria moral, vergüenza y egoísmo feroz.

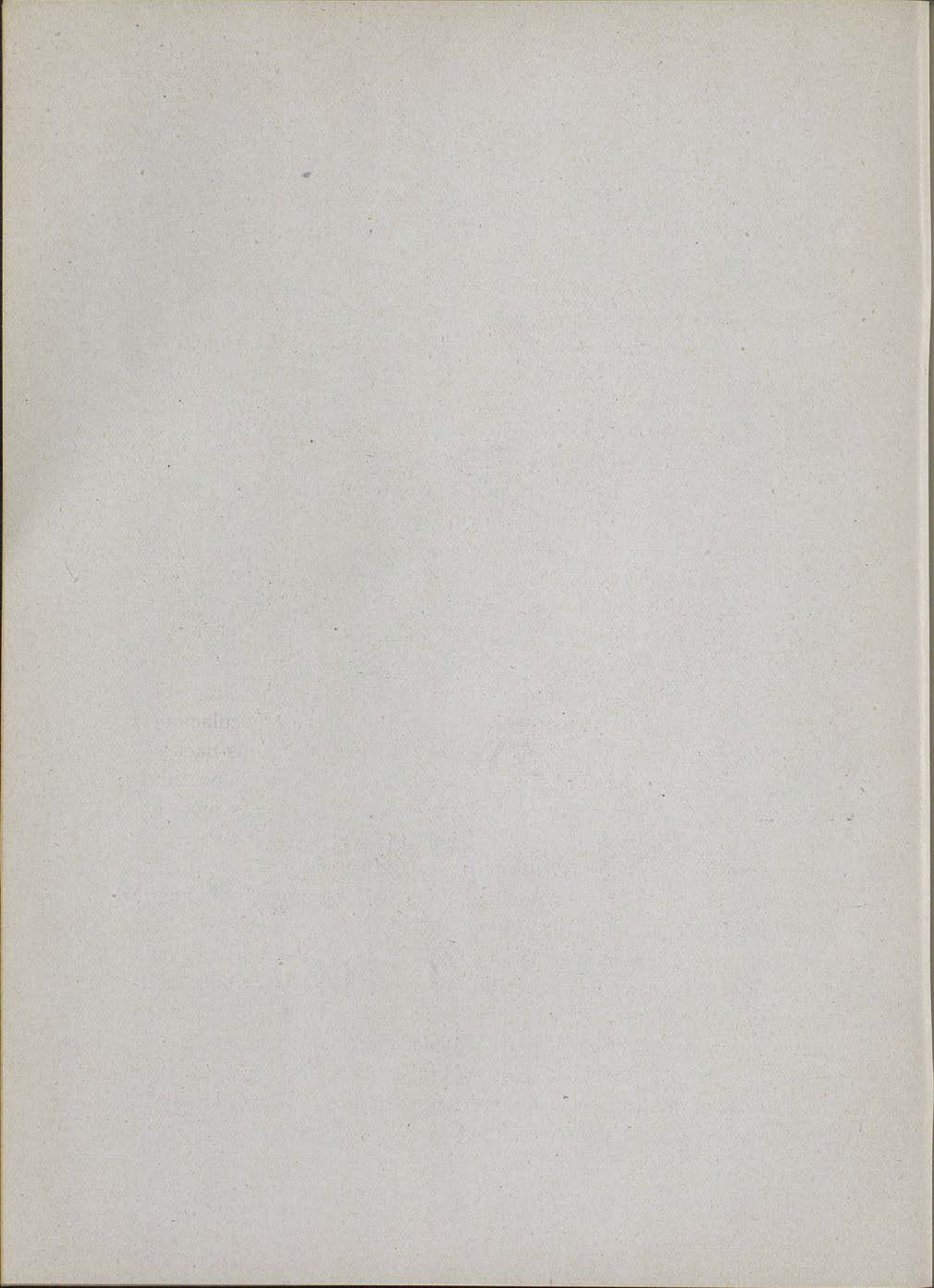
* * *

Los Protocolos de Sión nos llevan fácilmente a desentrañar otro secreto. Dice el sexto protocolo:

“Pronto empezaremos a fundar potentes monopolios, gigantescos recipientes de riqueza, de los que hasta las mayores fortunas de los infieles quedarán dependientes en cierto grado de nosotros, de suerte que todas ellas, al día siguiente al de la catástrofe política o social, se hundirán irremisiblemente con el crédito del Estado. Los economistas aquí presentes deberán comprender a conciencia la gran importancia de este plan...” “Es imprescindible que arrebatemos a los terratenientes infieles sus propiedades. El mejor medio para ello consiste en lograr la necesidad de que se aumenten las contribuciones o las cargas hipotecarias. Estas medidas convertirán a los terratenientes en dependientes nuestros, pues no podrán mantener su vida de lujo con sus herencias demasiado reducidas. Al mismo tiempo se deberá favorecer enérgicamente la especulación cerca del comercio y la industria independiente, pues sin esa especulación recibiría tal industria un aumento del capital privado y por ende mejoraría la situación de la agricultura, con lo que se libraría la propiedad inmueble del yugo hipotecario. La industria, en cambio, deberá absorber del campo no sólo los trabajadores, sino el capital, que mediante la especulación reunirá el capital del mundo entero en nuestras manos, y así la totalidad de los infieles se hundirá en el proletariado mundial. Entonces tendrá que inclinarse ante nosotros para poder ir vivien-

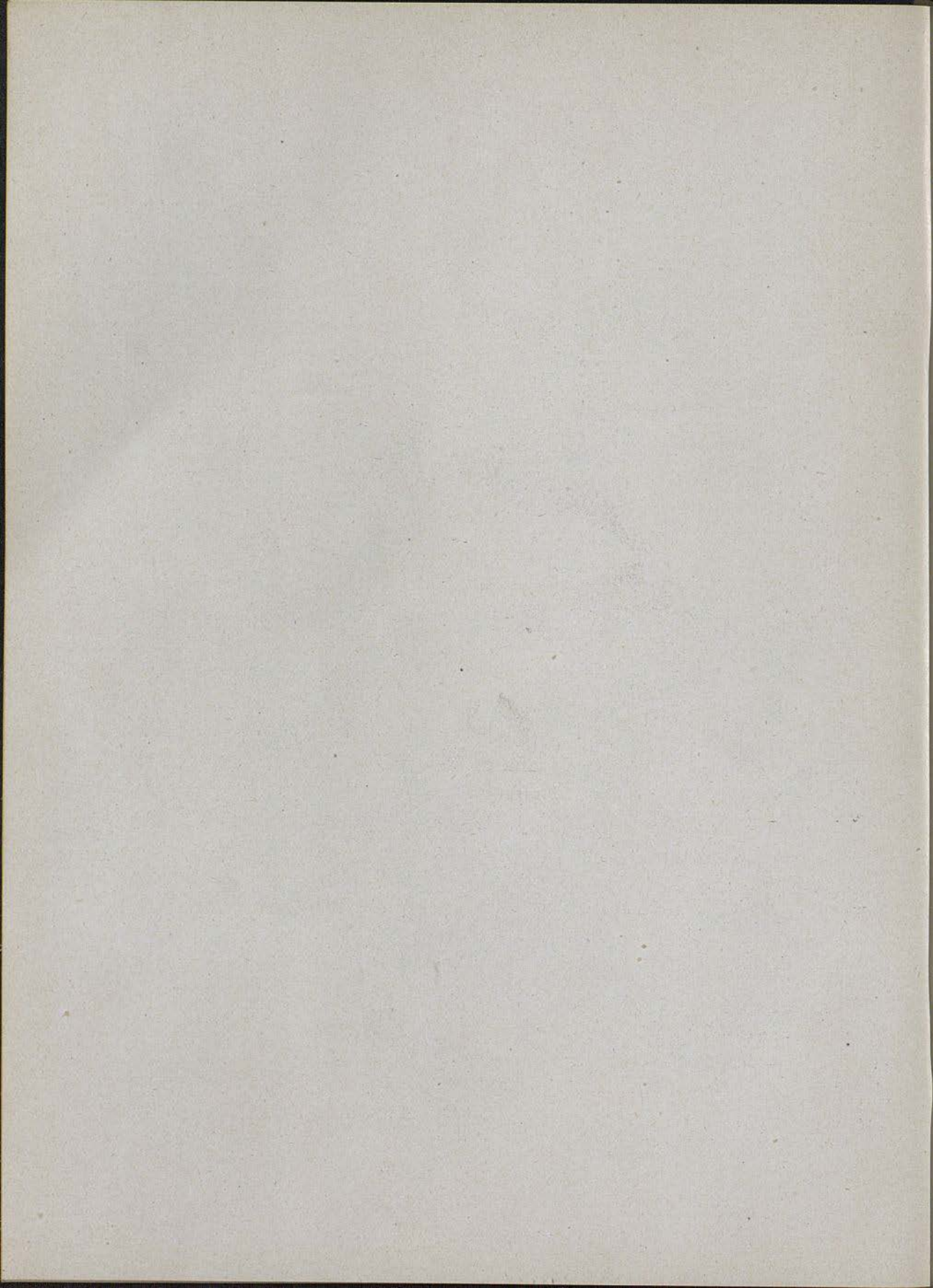
do..." "Para que la situación real no se descubra antes de tiempo la enmascararemos con esfuerzos aparentes en favor de las clases obreras, desatando clamorosas contiendas entre diferentes principios, con lo que nuestros economistas teóricos desplegarán vivísima propaganda."

Hoy nos asombra ver con qué fidelidad se desarrolló este sexto protocolo —a lo que acabamos de transcribir agregue el lector lo señalado anteriormente—. Ese dominio judío en la vida comercial, con todas sus punibles especulaciones para provocar tremendas crisis y encarecer la vida, demuestra que el querer y el poder van al unísono. La victoria de la hegemonía judía en la economía mundial se ha logrado por su preponderancia financiera, asegurada de un lado con las enormes deudas de los estados a causa de la guerra sobre todo, y por el dominio capitalista sobre la vida industrial y política de las naciones. De aquí que los estados totalitarios, para librarse del yugo del judaísmo, impongan la política de un ideal nacional sobre el feroz egoísmo capitalista, incapaz de retroceder ni ante el hambre de los pueblos ni frente a la lucha social más sangrienta, ni con el caos de la energía de las naciones, pues en esas hondas crisis el oro extranjero —¡siempre el oro extranjero, el capitalismo judaico internacional!— acaba por imponer su tiranía y sus lucrativas especulaciones. De aquí que sea constante el esfuerzo judío para llevar a las naciones a las guerras. Para él el alza y baja de la paz y la guerra no significan sino cierta fluctuación en el mercado mundial de las finanzas. La opinión pública de los Estados Unidos sabe ya qué consejeros fueron los que llevaron a Wilson a intervenir en la pasada conflagración europea, como sabe que son también judíos los que igualmente impulsan ahora al actual presidente Roosevelt en su actitud beligerante. Entonces la administración comercial de la guerra fué llevada a cabo por un supergobierno judío dentro de un Gobierno constitucional estadounidense. Se redujo la acción de éste en legalizar la emisión de fondos públicos, y si en aquella época un grupo de judíos ocupó los puestos decisivos en la administración de la guerra, ¿qué no será en el presente, en que los hebreos han invadido y dominado completamente los Estados Unidos!



EL BULISTA





VI

CUANTO llevamos dicho, aplicado a la actual situación española, nos explicará muchas cosas. Sólo el negocio torvo y abusivo, la feroz especulación, importa a los que pudieran facilitarnos créditos en nuestra balanza comercial con países dominados por el judaísmo. Nuestro suelo no es tan feraz que permita abastecer y alimentar a 25 millones de españoles. Son insuficientes nuestros graneros, exigua nuestra ganadería, nuestros frutos no pueden llevar el hartazgo a los hogares. España es un país pobre en cultivo y, a lo sumo, con gran esfuerzo, inteligencia y mucho corazón, se puede evitar el hambre, que en época tan difícil como en la presente ya es lograr un milagro.

Cuando nuestros gobernantes consiguen vencer dificultades casi insuperables para proveernos de primeras materias en mercados extranjeros —y hay que vencer aquel feroz egoísmo que es el terrible estraperlo inicial—, los barcos tardan luego meses y meses en llegar a nuestros puertos. Todo son obstáculos e inconvenientes hasta en la libertad de los mares. De antemano se sabe que esos buques no llevan contrabando de guerra y, sin embargo, son detenidos. En nuestro continente apenas existe ya la navegación comercial. Las dos naciones entregadas a la plutocracia judía quieren rendir a Europa por ham-

bre. ¿Que hay millones de seres inocentes? ¡Qué le importa a la democracia judaica el hambre y la desaparición de media humanidad! Le dedicará unas bonitas frases para que la puñalada al alma sea más perversa, más refinada, más ladina. Por eso es doblemente criminal que, en tal situación, repugnantes seres corroídos por el egoísmo más desenfrenado, aquí, en nuestra Patria, se entreguen aún al acaparamiento de los productos que nos ofrenda nuestra tierra amada. De circular en España los miles de toneladas de productos que criminales desaprensivos han escamoteado en sus declaraciones, las privaciones que ahora pasamos habrían desaparecido. El anarquismo económico está hoy tan ladinamente favorecido por las fuerzas secretas internacionales, que en legítima defensa nacional se han establecido las más duras sanciones —natural reacción del Estado— contra los que trafican con el hambre de los hogares. Las economías particulares han de quedar subordinadas a la economía general, a la de la Patria. La realidad de los hechos nos lo imponen. Y es, además, defensa contra las consignas del judaísmo internacional, que quiere exasperar a las masas con el hambre, a la vez que se esfuerza en llevar el desánimo y la traición en los productores. Son consignas que ya hemos visto en los *Protocolos de Sión*, que obedecen al vasto, sutil y complicado plan —subversión de todos los valores morales— trazado hace ya años. El caso es conseguir un estado general de zozobra, de pánico, de desconcierto. Lo demás vendrá por añadidura.

Se impone, por tanto, la reacción viril y enérgica contra la cobardía de consumidores, contra el egoísmo de comerciantes, contra estraperlistas y ventajistas de la situación, en una gallarda contraofensiva que haga frente a la que han desencadenado masones y judíos al dictado de las altas finanzas de Israel.

Una contraofensiva para que no se malogre el sacrificio supremo de nuestros muertos, el heroísmo de nuestra juventud gloriosa, que con generosidad y grandeza de alma todo lo ofrendó en holocausto de la Patria redimida.

F I N

